

MI MADRE ES UN DEMONIO

הַיְיטִיבִּי אֶת אִמִּי, הִיא אֵינְהָ אֱלֹהִים

TOM SOREN

Platero
COOLBOOKS 

Título: Mi madre es un demonio

Primera edición: febrero, 2026

© 2026, del texto Tom Soren.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 3754-2025

ISBN: 979-13-87720-69-8

A nuestras estrellitas en el cielo. No os olvidamos.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO 1	19
CAPÍTULO 2	23
CAPÍTULO 3	29
CAPÍTULO 4	37
CAPÍTULO 5	43
CAPÍTULO 6	47
CAPÍTULO 7	51
CAPÍTULO 8	57
CAPÍTULO 9	61
CAPÍTULO 10	73
CAPÍTULO 11	79
CAPÍTULO 12	85
CAPÍTULO 13	91
CAPÍTULO 14	97
CAPÍTULO 15	103
CAPÍTULO 16	109
CAPÍTULO 17	117
CAPÍTULO 18	123
CAPÍTULO 19	131

CAPÍTULO 20.....	135
CAPÍTULO 21.....	139
CAPÍTULO 22.....	147
CAPÍTULO 23.....	153
CAPÍTULO 24.....	161
CAPÍTULO 25.....	167
CAPÍTULO 26.....	175
CAPÍTULO 27.....	183
CAPÍTULO 28.....	189
CAPÍTULO 29.....	199
CAPÍTULO 30.....	207
CAPÍTULO 31.....	211
CAPÍTULO 32.....	217
CAPÍTULO 33.....	223
CAPÍTULO 34.....	229
CAPÍTULO 35.....	237
CAPÍTULO 36.....	245
CAPÍTULO 37.....	253
CAPÍTULO 38.....	261
CAPÍTULO 39.....	271
CAPÍTULO 40.....	281
CAPÍTULO 41.....	293
CAPÍTULO 42.....	299
EPÍLOGO.....	307
AGRADECIMIENTOS.....	311

PRÓLOGO

Hace alrededor de un año que me crucé con Tom Soren por primera vez (escribo esto en noviembre de 2025). Substack nos ofrecía un lugar valioso para compartir el amor por la escritura y la comunidad que se iba creando potenciaba esa cercanía que cuesta encontrar en el mundo digital. Desde entonces, sus ingeniosas ideas, sus magníficos relatos y los mundos que ha creado se han convertido en una medicina constante para la lectora que hay en mí.

Es imposible leer a Tom y no reconocer su estilo narrativo. Tiene una voz única, inconfundible. En sus textos caminarás por mundos de fantasía que se entrelazan con lo cotidiano, donde lo mundano se transforma en escenas desternillantes sin parangón. Te adentrarás en la oscuridad del terror y lo harás con la seguridad de que estás en la mejor compañía. Y, cuando creas que sabes lo que va a ocurrir, te sorprenderás de tal manera que tu mente se quedará en un estado de alucine perenne (bueno, se va pasando; al menos, hasta la siguiente aventura).

Cuando leí el relato que dio lugar al libro que está ahora en tus manos, supe que sería fan absoluta de esta historia y de su protagonista. Desde el principio, Tom nos presenta a Samael. El joven de Olmavera te atrae con su sencilla y clara elocuencia mientras intenta, sin mucho éxito, comprender las consecuencias de una realidad: su madre es un demonio.

La ingenuidad del muchacho es una de las maravillas que convierten esta historia en una aventura que no querrás dejar de perseguir. Un principio de siglo contextualizado en detalle, a veces incluso con sorpresas infernales, un abrazo cercano a la cultura popular que te hará sentir

nostalgia y unos secundarios excepcionales que complementan las aventuras de Samael y suplen sus carencias. Porque, ¿qué hacer cuando descubres que tu madre es un demonio?

Tom aborda tanto en esta historia, y lo hace con tanta habilidad, que todo eso se te puede pasar por alto. Sin embargo, te invito a prestar atención. *Mi madre es un demonio* habla de amistad, confianza, autoconocimiento, amor, valor y propósito. Es una historia personal e íntima, hilada con tal maestría que permanecerá en tu memoria durante mucho tiempo.

Somos muchas las personas que nos hemos enamorado de la voz narrativa de Tom Soren. Su pluma es ágil, alegre, interesante e inesperada. Es frescor en este mundo editorial tan lleno de todo. Y eso no tiene precio.

Es un honor para mí abrirte las puertas de esta historia y presentarte a un autor que, sin duda, se ha ganado el corazón de sus lectores y lectoras. Estoy segura de que encontrarás en sus palabras una lectura reconfortante que no podrás olvidar.

*Iman Aoulad,
Autora de «Las crónicas de Khoid Dûr»*

*Tú crees que Dios es uno; bien haces: también los demonios
creen, y tiemblan.*

—Santiago 2:19, RVR09

Tempus edax rerum.

—Ovidio, *Metamorfosis*

La jornada ordinaria será de veinticuatro (24) horas diarias, siete (7) días a la semana, trescientos sesenta y cinco (365) días al año, sin interrupciones, salvo en los supuestos contemplados en las cláusulas 1.6 (descanso por cuidado de mascotas infernales), 1.10 (formación obligatoria centenaria), 1.14 (fuerza mayor) y 1.21 (cataclismo de proporciones bíblicas).

—José Carlos Hoyo Aznar,

Manual del empleado inhumano del Infierno



INTRODUCCIÓN

Mi amigo Domingo siempre decía que me consideraba un chaval simpático y estúpido a partes iguales. Me llevó catorce años darme cuenta de que mi madre era un demonio, así que supongo que tenía razón. Quizá debería haber sospechado por el permanente olor a azufre en su habitación, la longevidad de nuestro gato Lucifer (ya estaba vivo antes de nacer yo) o las constantes preguntas sobre quiénes en mi instituto seguían siendo vírgenes. En mi defensa, he de decir que la dualidad de mi madre siempre me confundió. La mujer era capaz de pasar de un «No olvides llevarte la rebeca» a «¿El tío de alguno de tus amigos es exorcista?» en un suspiro, así como así. Cuando se quedaba dormida viendo la televisión, y Satán me salvara de no sintonizar ningún canal catequético durante su reposo, comenzaba a hablar en sueños al cabo de unos minutos. A veces decía cosas normales, como «Estoy a sus pies, mi amo» —puede que no fueran tan normales—, y otras, se marcaba un soliloquio en lenguas muertas con una voz gutural que ni el mismísimo Till Lindemann. No sabía si había llegado a ir a la Escuela Oficial de Idiomas, pero mínimo tenía un B2 en arameo.

En casa nunca había crucifijos. Mi madre decía que le daban a la decoración un aire de velatorio permanente. En sus álbumes viejos aparecía en una fotografía que se tomó durante la inauguración del Hotel Ritz. Llevaba un vestido de talle ajustado y un sombrero estilo *pillbox*, atuendos muy adecuados para una mañana otoñal de 1910. ¿Os acordáis de los típicos permisos que los padres deben rellenar a fin de que sus hijos puedan ir de

excursión a la granja escuela, a Cazorla o a ver el museo del Prado? Pues mi madre los firmaba con sangre. Por las moscas de Belcebú, ¡si su piel comenzaba a humear si sonaba Camilo Sesto y su *Getsemaní* por la radio!

Mi madre se llamaba Asmodea y yo soy Samael. Samael Sulfureada. ¿He mencionado ya que era estúpido?

Os estaréis preguntando cuándo demonios me acabé cerciorando de que mi madre era un demonio. Todo empezó allá por 2004. Un año marcado por el nacimiento de Facebook y la llegada de la sonda Cassini-Huygens a Saturno. Era una época en la que creíamos que expresiones como «me puto encanta» nunca llegarían a ser populares o que la cultura emo había llegado para quedarse. También fue el año del estreno de la película *El exorcista: El comienzo*, que es lo que nos atañe ahora. En el telediario de mediodía, Matías Prats soltó un: «Prepárense, porque en este filme no solo hay giros de guion, también los hay de cabeza». Mi madre se enfureció, dio un golpe a la pared, gritó algo en latín y los cuadros de la cocina se inclinaron por iniciativa propia —unos 66 grados a la derecha—. «¿Una precuela? ¿Cuántas películas más van a hacer sobre ese mierda?», dijo. Aquí empecé a sospechar. Meses después me confesó que Pazuzu era algo así como el gilipollas de la oficina. Es el demonio de *El exorcista*. ¿Es que no habéis visto la película? Yo no sabía muy bien qué características determinarían que un demonio fuera considerado un gilipollas, pero siempre me lo imaginé como el típico compañero de curro que nunca pone los cinco euros para los regalos conjuntos en las fiestas de jubilación, que se lleva las cápsulas de Nespresso sin pedir permiso y que no da un palo al agua, pero menea los papeles sobre la mesa al ver al jefe acercarse, con la diferencia de que su jefe era Satanás y su lugar de trabajo, el mismísimo Infierno. Oficina 666H, Círculo 4, justo al lado del Departamento de Prodigalidad.

Los gustos cinematográficos de mi madre me fueron dando pistas que mi yo adolescente no supo aprovechar. Una vez alquilé *El profesor chiflado*. Mi madre no se rio. Sin embargo, le entraban agujetas en el abdomen con *La semilla del diablo*. «¡Mira esa cuna! ¡Ni siquiera está hecha de huesos de devotos!», decía entre carcajadas a dos voces, una aguda y otra grave. ¿Su película favorita? *Depredador*. Estaba obsesionada con esa criatura de mandíbula extendida y rasgos feroces. Al parecer le recordaba a un antiguo conocido del inframundo, un tal Tarnaxis, por el que se bebía

los vientos.

Una tarde de diciembre, mi amigo Domingo y yo estábamos jugando al *Resident Evil 4*. Uno cogía el mando un rato, mientras el otro miraba, e íbamos cambiándonos el puesto. Comíamos *grissini*, unos colines alargados que tomábamos con Coca-Cola (esos condenados palitos de pan no pasaban del esófago sin el refrigerio). A veces hasta los mojábamos en la bebida para humedecerlos. Mi madre entró a mi habitación, se quedó mirando el televisor Panasonic y frunció el ceño.

—¿Ya no son zombis? —preguntó.

—No, señora Sulfureda. Ahora son como poseídos —respondió Domingo, justo después de meterle un balazo entre ceja y ceja a un campesino vasco con un marcado acento español-latino neutro.

Alguien en el juego, con pocas ganas de matar y muchas de avisar, soltó un: «Detrás de ti, imbécil».

—Interesante... —dijo Asmodea, y se inclinó hacia el televisor de tubo. La pantalla parpadeó—. Pero estos poseídos parecen aficionados. ¿Dónde está el fuego? ¿El caos? ¿La desesperación verdadera? ¿Y mueren de un balazo? ¡Qué estupidez!

—No sé, Asmodea —le dije—. Habría que preguntarle a Capcom.

Mi madre soltó un bufido. Un aroma a huevos podridos inundó mi habitación.

—¿Capcom? Diles a esos mortales que me llamen si necesitan inspiración en la próxima entrega. —Se irguió—. ¡Y llámame mamá, por Satán maldito!

Domingo dejó caer el mando en su regazo, se encogió de hombros y me miró. Sus ojos se clavaron en mí con un: «¿Qué cojones está pasando aquí?». Siendo honestos, y ya que os cuento mi vida lo mejor es que lo sea, fue yendo con él cuando descubrí al fin que mi madre era un ser del Infierno.

Avancemos unos días. Seguía siendo diciembre. En Lazueña, mi pueblo, hacía un frío de mil demonios —espero que os hayáis reído con esta—. Yo llevaba un chándal beis, sin más. Domingo; el cabello corto, pelirrojo, oculto bajo una gorra y rematado en la nuca con una especie de traca desordenada (todos tenemos un pasado) e iba vestido con una sudadera roja de un grupo de *punk* español y unas Converse azules. Íbamos a

recoger a un colega e ir a los descampados a pasar el rato. Atravesamos la calle Mayor hasta llegar a la plaza del pueblo, lugar que un prestigioso arquitecto de Benidorm había reconvertido en un parque infantil. Lo cierto es que parecía un campo de entrenamiento de la antigua Unión Soviética. Era un solar de cemento, con bancos de granito y esquinas puntiagudas, briznas de hierba entre pequeños hexágonos de piedra —la combinación perfecta para los esguinces de tobillo— y un par de árboles tristes que no daban sombra ni a sí mismos. Domingo se llevó las manos a la capucha y la colocó sobre la gorra, lo hacía desde que vimos *8 Mile* en mi casa (le gustaba pronunciarlo en inglés). Elevó la mirada y preguntó:

—¿Esa no es tu madre, capitán?

Entre el antiguo cine de verano y la librería Matices, en un callejón oscuro, Asmodea parecía discutir con un tipo alto, de ojos dorados, con frac y el pelo engominado hacia atrás. Un trasunto de Vincent Mancini. Tras algunas maldiciones por las dos partes, el hombre anduvo hasta el límite del callejón y desapareció. Mi madre se giró al vernos y, en menos de un segundo, se desvaneció y reapareció frente a nosotros. El truco dejó tras de sí una nube de polvo violáceo que flotó en el aire como si tuviera vida propia. Sin mediar palabra, colocó su mano sobre la cabeza de Domingo.

—Vuelve a casa. No recordarás nada de esto.

Mi amigo echó a andar sin voluntad, como un zombi clásico, de los lentos; de los de las películas de George A. Romero. Gracias a Azazel, no tropezó con los hexágonos de piedra. Asmodea lo vio alejarse y clavó sus ojos en mí.

—Samael Sulfureda del Tormento Sánchez, tenemos que hablar.

Así era mi madre: un demonio, sí, pero con un curioso sentido del respeto hacia mis amigos. Podía intimidar a cualquier alma viviente, sin embargo, jamás cruzaba ciertos límites con aquellos que se atrevían a entrar en nuestra caótica vida, al menos, cuando vivía conmigo.

Sí, mi madre ya no está entre nosotros.

No murió, si es eso lo que os imagináis. Los demonios son duros de pelar y no la palman así como así. Al menos, no sin un Colt con balas sobrenaturales.

—Me han dado un ascenso —dijo—, o un descenso, mejor dicho.

Acabó trabajando de administrativa en el Departamento de Recursos

Inhumanos del Inframundo a tiempo completo, donde ganaba el doble de almas al mes que antes y era la portavoz de las reuniones semanales del CTR —el Comité de Torturas Creativas—. Los gritos de agonía en sus presentaciones de PowerPoint debían ser todo un éxito entre los miembros del comité. ¿Sabéis quién era su superior directo? El jefe jefazo: Satanás, Lucifer, el Maligno, el Ángel Caído; ni más ni menos que el mismísimo Príncipe de las Tinieblas.

Lo cierto es que mi madre dejó un hueco enorme en casa al irse al Infierno. Y lo digo de manera literal, porque partió el suelo del salón en dos al hacerlo. Los albañiles tardaron meses en repararlo. Pero también dejó otro vacío más profundo, uno invisible y silencioso, parecido a esas grietas ocultas bajo la alfombra que evitas mirar aunque siempre las notas al pasar. Nunca fue especialmente tierna, pero añoré hasta sus rarezas cuando desapareció. Incluso me sorprendía a mí mismo echándola de menos en detalles absurdos, como cuando las luces del salón ya no parpadeaban al sonar *Vivir así es morir de amor* en la radio.

Hasta que me mudé a la ciudad.



CAPÍTULO 1

En el verano de 2008, año del descenso definitivo de mi madre, tuve que empezar a apañármelas solo. No sintáis lástima por mí. Al principio estuve de puta madre, o eso quería creer, y tenía a Lucifur conmigo. Leí bastantes novelas, fui tres veces al cine a ver *El caballero oscuro* con Domingo y mi mayoría de edad me permitió gozar, sin culpa, de latas y latas de Steinburg o Emdbrau (sí, soy un sibarita) mientras me veía las Olimpiadas de Pekín sin pestañear, a lo Alex DeLarge. El cabrito de Michael Phelps se llevó ocho medallas de oro y Usain Bolt estableció récords mundiales en los 100 y 200 metros lisos. ¿Me gustan los deportes? No. El baloncesto, a veces. Pero los Juegos Olímpicos son otra historia. No sé. Me hacen sentir que el mundo no es solo un esferoide oblató lleno de mierda y que, en cierto modo, todos cagamos por el mismo agujero, ya seamos de Alicante, de Seúl o de Antananarivo. La Eurocopa del mismo año ni la vi, para ser honestos.

«¿Y tu madre no subía a la superficie a verte, Samael?», os estaréis preguntando. Pues no. Hasta donde yo sabía, la exsúcubo hacía lo posible por comunicarse conmigo a través de avernollamada —el Zoom del inframundo—, o *hellcall*, como dirían los *youtubers* hoy en día. Satanás no era como esos jefes modernos de Silicon Valley que te incitan a compartir tus sentimientos con los compañeros entre vasos de bebida de almendra y *muffins* orgánicos. Joder, que mi madre trabajaba en el Infierno, por si lo habíais olvidado. No tenía gimnasio en la oficina, ni área de descanso

con fútbol y máquinas de Starbucks, ni pagas extraordinarias (y menos en Navidad). Aunque sí tenían un *coach* de empresa subcontratado; un tal José Carlos, de Orihuela, que estudió Administración y Dirección de Empresas. Mi madre decía que llevaba un bigote a lo Chaplin y que hacía un uso abusivo de la palabra «liderazgo».

En septiembre de 2008, el colapso del banco de inversión Lehman Brothers desató una crisis que obligó a Wall Street a arrancarse la máscara, enfrentarse a su reflejo y vomitar su propia altanería. Este acto de catarsis financiera se extendió como una onda sísmica al resto del mundo y provocó el colapso de mercados y economías. A mí eso me traía sin cuidado. Acababa de empezar la universidad. Me matriculé en Biología, como Ana Obregón, pero sin «robados» en bañador, y solo me preocupaba por asistir a clase los lunes, estresarme los martes, dormir los miércoles, salir de fiesta los jueves, luchar por volver a clase los viernes y, en algún momento entre todo eso, decidir qué demonios quería hacer con mi vida.

La crisis era un sonido de fondo para mí, como el ruido blanco que te pones al meditar o el murmullo constante de un radiador viejo. Los titulares de los periódicos y las discusiones en los bares sobre «la que se venía encima» los sentía tan remotos como los anuncios de compresas. Mi mundo giraba en torno a apuntes subrayados, cerveza barata y el complicado arte de intentar encajar en un campus en el que las madres de mis compañeros eran abogadas, médicas o cajeras; no demonios. Fue por esa época cuando conocí a Francisco Aguilar, alias Cisco. No era muy alto, pesaría cincuenta kilos, llevaba siempre una barba de dos días y tenía el pelo liso negro, lleno de caspa. Sudaba nobleza y meaba bondad, pero tenía sus defectos. Era la típica persona que añadía un «como digo yo» después de cada frase:

—La suerte está echada, como digo yo.

—Joder, Cisco, eso no lo dices tú, cabronazo. De hecho, ni Julio César lo hizo al cruzar el Rubicón. Fue una fumada de Suetonio para meterle epicidad a su *Vidas de los doce césares*.

Yo no tenía coche, por lo que me vi obligado a abandonar mi pueblo natal y buscar algún lugar en la ciudad donde caerme muerto para poder asistir a la universidad. Así fue como lo conocí, gracias a un anuncio de Facebook que rezaba: «Me llamo Cisco. Busco piso de estudiantes en

Olmavera. No fumo, no ronco y limpio (casi siempre)». Sobre su familia puedo decir que tenía una hermana pequeña de unos cinco años, que su padre tejía cestas de ratán y que su madre hacía exactamente lo mismo. No tenían un duro. Aun así, los cesteros de sus progenitores se las apañaban para llenarnos la nevera cada domingo por la mañana, a eso de las nueve, cuando los tres aún cocíamos la resaca de la noche anterior.

Sí. Habéis leído bien. Los tres.

Cisco acabó viviendo con Domingo y conmigo en un piso de alquiler más viejo que el tiempo y cercano al campus, a las afueras de la ciudad. ¿Sabéis una cosa? Yo pagaba el alquiler; el de mis compañeros y el mío. El Infierno está lleno de oro, y mi madre me ingresaba un lingote en mi habitación el día cinco de cada mes. Nunca supe cómo lo hacía. Cuando Domingo y Cisco preguntaron por la procedencia de semejante fortuna, opté por callarme la verdad, aunque les aseguré con una sonrisa convincente, creo, que se trataba de una herencia familiar, cortesía de un tío abuelo de Guadalajara. Un solterón, fan de la taxidermia y adicto a las novelas de Pérez Galdós. Todo era inventado, por supuesto, ya que un servidor no tenía más familia que mi demoníaca y ausente madre.

Centrémonos.

El 4 de noviembre, martes, Barack Obama fue elegido como el cuadragésimo cuarto presidente de los Estados Unidos de América, aunque no tomaría posesión de su cargo hasta el 20 de enero del año siguiente. Yo me desperté con una jaqueca de mil demonios y levitando un par de metros sobre mi cama de muelles.

Al abrir los ojos, tenía el techo de gotelé pegado a mi nariz. Giré mi cara hacia la derecha y vi a Lucifer en el suelo por el rabillo del ojo. Aún estaba dormido sobre mi viejo Sony VAIO. El zumbido grave que emitía el portátil lo relajaba. Menos mal, porque solo Satán sabe cuál habría sido su reacción inicial al ver a su humano de esa guisa. Estoy convencido de que piensa que le pertenezco. El pulso me martilleaba la sien. Apoyé mis manos en el techo y empujé. La inercia y la gravedad hicieron el resto y, muy poco a poco, acabé de nuevo en la cama. Un muelle se me clavó en las costillas. El ruido, aunque amortiguado, despertó a Lucifer. Se puso de pie, estiró sus patas y anduvo hasta el borde de la mesa de madera. Cogió impulso y aterrizó sobre mi pecho.

—Luci, vamos a tener que avernollamar a Asmodea. Creo que me pasa algo raro.

El gato ronroneó cuando acaricié su pelaje blanco y negro.



CAPÍTULO 2

Domingo era alto y algo entrado en carnes en aquella época, decía de sí mismo que era de hueso ancho. Llevaba el pelo largo, a lo Robert Plant en pelirrojo, y creo firmemente que tenía un TDAH sin diagnosticar. Sin embargo, no parecía ser nervioso. Siempre creí que era el amigo tranquilo más ansioso que tenía. A diferencia de Cisco y yo, que estudiábamos la carrera de Biología, él se matriculó en Enfermería. El hijo de puta emanaba paz, pero no aguantaba más de cinco minutos quieto: tamborileaba lo que fuera con los dedos, usaba su tórax como un bombo de batería y hacía añicos cualquier objeto a su alcance. Una vez me lo encontré de madrugada preparando un guiso de pelotas porque «tenía azogue». Lo conozco desde la guardería, y podríamos decir que hacía las veces de mi consejero. ¡Ah!, y acababa las frases con vocativos como «capitán», «pantera» o «mastodonte».

Después de la levitación mañanera, salí de mi cuarto. Olía a café recién hecho y a tostadas. Domingo ya estaba en el salón, sentado en el sofá y con una taza en la mano que golpeaba de manera insistente con el índice. Veía cómo Luis Fraga le daba la réplica a Sandra Golpe en *Las noticias de la mañana* de Antena 3. Obama era el protagonista indiscutible del informativo.

—¿Qué *dise*? —saludé.

—¿Qué *ta disiendo* tú, pantera? —respondió Domingo. Años de empatía mutua y vivencias comunes habían culminado en un código de

comunicación que consistía en saludarnos como gilipollas.

—¿Y Cisco?

—Está cagando —dijo con una sonrisa pícaro.

Ya os he comentado que Cisco era un buenazo, pero que tenía debilidades. Una de sus criptonitas particulares era el baño. Cada vez que entraba, daba igual con qué propósito o menester, sabíamos que no saldría hasta una hora después, *grosso modo*.

Lucifur emergió de mi habitación, se desperezó y anduvo hasta Domingo con pasos altivos. Yo atravesé el pasillo y me coloqué junto a la puerta del baño.

—¿Qué haces?

—Cagar —respondió Cisco.

—¿Vas a ir a la biblio? —Teníamos las clases por la tarde, a diferencia de Domingo.

—Ahora, en cuanto cague —dijo—. ¿Te vas a llevar el portátil?

—Claro que sí, tío, pero iré más tarde. Primero tengo que hacer un par de cosas.

En el piso donde vivíamos no había internet. No me preguntéis por qué. Quizá se debiera a que fue construido cuando Edison aún no sabía deletrear la palabra patente. El caso es que siempre llevaba el ordenador a la biblioteca del campus y me aprovechaba de su conexión para descargarme las series de las que disfrutábamos por aquellos tiempos: *Naruto*, *Heroes* o *Sobrenatural* eran algunas de ellas. Gracias por todo, JDownloader. Descansa en paz.

—Toca *Supernatural* —informó Cisco. Nos referíamos a la serie por su nombre en inglés.

Me pregunté qué dirían Sam y Dean Winchester si conocieran a mi madre:

—*Exorcizamus te, omnis immundus spiritus, omnis satanica potestas...* —No, no, no. No dirían eso. Mi madre no estaba poseída. Probablemente no dirían nada. Colocarían una trampa antidemonios bajo una alfombra y harían uso del cuchillo de Ruby para acabar con ella.

Dejé de divagar y volví al salón. Mi gato se había hecho un ovillo y descansaba sobre el regazo de Domingo. Me dejé caer en el sofá junto a ellos.

—¿Cómo lo lleva tu madre en Nokia? —preguntó.

Mi madre «trabajaba» en las oficinas de Nokia en Finlandia. O eso me inventé para mantener una coherencia en mi relato y no tener que explicar por qué me había convertido en un huérfano completo, a efectos prácticos. Domingo no insistía demasiado en el tema, pero nunca estuve seguro de si terminaba por tragarse del todo mi versión.

—Bien, supongo —respondí mientras me encogía de hombros—. Tampoco es que hablemos demasiado.

—Normal, capitán. En Finlandia hace un frío que se te quedan las palabras pegadas al teléfono, aunque sea marca Nokia.

Cuando Cisco decidió que ya era suficiente, abandonó el baño —a la hora y pico de haber entrado—. Tenía aspecto aliviado.

—¿De qué habláis? —preguntó desde el otro extremo del salón.

—De su madre —respondió Domingo sin apartar los ojos de la televisión. Sandra Golpe, con gesto serio, señalaba un gráfico que bajaba de manera brusca. Abajo aparecía un rótulo en rojo que rezaba: «desplome bursátil».

Cisco se giró hacia mí con una sonrisa cálida.

—¿La echas de menos, rey?

La pregunta me pilló desprevenido. Noté cómo se me iba haciendo un pequeño nudo en la garganta que logré contener.

—¿Yo? *Nah*, qué va. —Forcé una sonrisa—. Todo en orden.

Cisco me guiñó un ojo.

—A ver si la conozco algún día. Seguro que tiene mucho que contar sobre su trabajo.

«Te quedarías muerto, amigo mío», pensé. Domingo levantó una ceja y se me quedó mirando.

—Bueno —dijo, dándome un ligero toque en el hombro—. Cuando hables con ella dile que echo de menos sus guisos de carne.

Asentí e hice una mueca. Nunca tuve claro qué tipo de carne usaba mi madre en sus guisos, pero os puedo asegurar que no era de ternera. No solía cocinar demasiado. Sin embargo, hacía alguna excepción si la situación lo requería, como cuando Domingo se quedaba en casa a dormir. «Algo tendrá que comer el muchacho», decía con una ternura que no solía mostrar conmigo.

—Claro, tío. Se lo diré.

Minutos más tarde, Cisco y Domingo tomaron el urbano número 41 en dirección al centro del campus. Yo me quedé en casa. Tenía una avernollamada que hacer. Fui a la estrecha cocina, abrí un tarro de Nocilla y dibujé un pentagrama sobre una tostada de pan Bimbo. La metí en el microondas y dije:

—Oh, Asmodea Sulfureda del Tormento Sánchez, administrativa en el Departamento de Recursos Inhumanos del Inframundo, atiende mi súplica. Que reclame tu presencia este humilde sacrificio de leche, cacao, avellanas y azúcar. ¡Manifiéstate!

El microondas comenzó a vibrar y emitió un pitido prolongado, como si estuviera a punto de explotar. La luz de su interior parpadeó, se volvió púrpura, y un suave olor a azufre inundó la cocina. La proyección de mi madre apareció sobre la encimera, en tres dimensiones pero con baja calidad, como si estuviera transmitiendo en 144p.

—Hola, Asmodea. Buenos días.

—¿Cómo que Asmodea? —se quejó—. Te tengo dicho que me llames «mamá».

«Claro», pensé, «porque llamarte “mamá” hará que olvidemos que decidiste irte al Infierno». Se escuchó a alguien hablar en arameo, o acadio o cananeo o edomita. Después, otra persona dijo algo sobre «optimizar la energía de las almas capturadas» con un marcado acento de Orihuela.

—Vale —dije—. Parece que está José Carlos por ahí.

—Sí. —Mi madre giró la cara y bufó—. ¡Jotacé, por Satán maldito, dame un respiro! —Me miró de nuevo—. Samael, ¿no podrías invocarme en un momento menos caótico? Vamos a empezar una reunión sobre la gestión de la sobrepoblación en el Infierno, y este idiota acaba de programar un *team building* en el lago de fuego para esta tarde.

Se escuchó a José Carlos mencionar algo sobre resolución colaborativa. La proyección de mi madre fluctuó. El hedor a huevos podridos se hizo más intenso y se mezcló con el de la Nocilla caliente.

—Es solo una cosa, Asmodea.

Mi madre suspiró, imagino que al escuchar que la llamaba por su nombre de nuevo. No obstante, se rascó la frente y esbozó una sonrisa.

—Vale, incordio mío, pero sé breve. Estás solo, ¿verdad?

—Sí. Cisco y Domingo...

Un estruendo hizo retumbar el piso. Le siguió un ligero terremoto. Uno de los platos de la pila del fregadero cayó y se reventó contra el suelo.

—¡Samael! No menciones ese nombre. Sabes que esa palabra agita el avispero.

Me ruboricé y junté las palmas de mis manos en un gesto de disculpa. Había olvidado que Domingo no era solo mi amigo, sino el día del Señor, y en el Infierno no eran muy admiradores de la competencia celestial ni de las jornadas de descanso.

—Lo siento —dije. Mi madre barrió el aire con la mano y elevó las cejas en un gesto de «dispara ya»—. Resulta que —continué— esta mañana me he despertado levitando.

—¡¿Qué?! —gritó—. ¡Si mi Samael se me ha hecho mayor! ¿Habéis oído? ¡Por el orgullo de Lucifer! —exclamó, al tiempo que giraba la cabeza unos 180 grados—. ¡Parece que mi hijo ha heredado algo de mí, después de todo! —Devolvió la cabeza a su sitio—. Espera, que me mudo al baño para que hablemos tranquilos.

Alguien, o más bien algo, vociferó en otra lengua muerta. La imagen de mi madre palidecía y brillaba de manera intermitente. Imaginé que no todas las áreas de su oficina tendrían la misma cobertura. Unos segundos después se escuchó un portazo, seguido del crujido metálico de un pestillo.

—¿Estás ya libre?

—Sí, sí. —Sonó emocionada.

No la había oído así desde que se enteró de que Gordom Ramsay iba a llamar *Hell's Kitchen* a su programa de cocina. Parecía hasta orgullosa de mí. «A buenas horas, mangas verdes», me dije.

—Estoy contenta por ti, pero a partir de ahora tendrás que llevar cuidado, ¿me has oído?

Me toqué la nuca y suspiré.

—¿Por qué? —pregunté, alargando mucho la «e». Ya tenía bastantes cosas con las que lidiar.

—Por varios motivos, Samael. Y no me hables como si fuera una monja tratando de venderte dulces en un mercadillo medieval. Primero, porque no queremos que le explotes los sesos a alguien por accidente, o

que le detengas el corazón, o que lo calcines o lo que sea que puedan hacer tus poderes. A no ser que quisieras hacerlo, claro.

—Pero, entonces, ¿levitar no es mi poder?

Mi madre se descojonó como si hubiera escuchado la mayor estupidez del mundo.

—No, no, incordio. Eso solo significa que has despertado. No levitarás más, tranquilo. No eres ningún asceta místico. Tu poder aún está por desvelarse. ¿Por dónde iba? —Arrugó el morro—. Ah, sí. Lo segundo y más importante, los cazademonios.

—¿Cazademonios? —enarqué las cejas—. Aquí no habrá de eso. Esta mierda de ciudad no es Madrid ni Barcelona. Ni siquiera es Alicante.

—Lo mismo da, Samael. Hay cazademonios en todos lados, y suelen rondar por las universidades. Saben que los mestizos como tú despiertan su otro lado, si es que lo hacen, a partir de los 18 años. Tienes que andarte con ojo. —Su tono mostraba una preocupación genuina. Se escuchó una voz temible gritar al otro lado y su rictus se tornó serio—. Me tengo que ir. Abrígate si vas a salir, ¿vale? Que en Olmavera hace frío ya.

Asentí, aunque me habría gustado que además de preocuparse del frío, también se interesara por si la echaba de menos. La proyección se desvaneció en una bruma púrpura. Encendí el extractor para que se tragara la nube y se llevara consigo el aroma a azufre.



CAPÍTULO 3

El sol se elevaba sobre las montañas que rodeaban Olmavera cuando salí a la calle. Llevaba unos vaqueros y una sudadera del *Yo, minoría absoluta* sobre el pijama. Mi madre amaba (por llamarlo de alguna manera) la portada de ese disco. Aparecía Robe en taparrabos, con una corona de espinas, los brazos extendidos y dos pistolas enfundadas a la altura de la cintura, como un Cristo transgresivo del salvaje Oeste.

Me di cuenta de que había olvidado mi gorro. No por el frío, sino porque el escaparate de Alimentación Huang me devolvió mi reflejo mientras me dirigía a la parada de autobús. No me había peinado y parecía James Brown cuando por fin aceptó su afro, después de esa época en la que se alisaba el pelo al estilo *conk*. Buenos tiempos.

Como cada día laborable, la avenida Rosalía de Castro, la arteria principal donde se encontraba nuestro piso, era un caos de bocinas impacientes, miradas vacías y gente con prisa. Eché un vistazo a mi reloj. En tres minutos llegaría el urbano 41, si era puntual. El largo asiento de la parada estaba ocupado por Diego Copado, un compañero de clase al que no soportaba. Era un imbécil. De esos que intentan disimularlo con una sonrisa y palabras amables; pero se burlan de los defectos ajenos, se parten el culo viendo vídeos de accidentes en internet, chasquean los dedos para llamar la atención de los camareros y se compran un dispositivo que silencia el pitido de aviso que suena cuando arrancas el coche y no llevas el cinturón. La seguridad no es una sugerencia, gilipollas. Decidí quedarme

detrás de él para que no reparara en mí.

Una vez llegó el bus, subí las escaleras tras él y me senté en los asientos de delante, junto a la ventana, con la intención de evitarlo. Clavé los cascos en mi reproductor de MP3, cosas de los 2000. Sonaba *Even in the Quietest Moments*, de Supertramp, cuando me llegó un olor a gamba. Abrí mis fosas nasales e inhalé. «¿Qué coño? ¿Hay alguien de mariscada o qué?», me dije. Traté de ignorar el hedor mientras uno de los pasajeros, con una premura evidente y el rostro desencajado, fue hacia el conductor para que le abriera la puerta. El autobús reinició la marcha y mi mente revivió la avernollamada que acababa de mantener con mi madre. ¿Que llevara cuidado por si me cargaba a alguien? ¿Que existían cazademonios? «Joder, vaya coñazo. Que le den a todo. Paso de mierdas demoníacas». Siempre creí que había salido a mi padre: un tipo que abandonó a mi madre cuando yo aún era un bebé. Pensaba que era un cabronazo, sí; pero un ser humano, al fin y al cabo. Mi madre no lo superó. Por eso rechazó su «sucubidez», o como se diga, y echó el currículum en Recursos Inhumanos. Dijo que era menos glamuroso pero más estable, aunque sospecho que lo hizo porque su trabajo como súcubo le recordaba demasiado a sus discusiones con él, y a las sexuales reconciliaciones posteriores.

A los pocos minutos, el 41 bufó como un *bulldog* francés y abrió sus puertas. Agaché la cabeza, esperé unos segundos y bajé, tratando de evitar cruzarme con el gilipollas de Diego Copado.

La voz aguda de Roger Hodgson y su *Fool's Overture* me acompañaron hasta la biblioteca, en la que Cisco estaba sentado sin nadie al lado. Tenía los brazos apoyados en la mesa y la barbilla descansando sobre sus puños. «Huele a cebolla», pensé.

—Hueles a cebolla —susurré.

Mi amigo hizo un aspaviento y me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué dices? Si me he duchado y después me he echado medio litro de Rexona justo antes de venir. —Elevó el brazo y llevó la nariz hacia su axila izquierda—. No huelo a nada, rey.

Olía a Rexona, a champú de marca blanca y a colutorio dental, pero también a cebolla. Lo dejé estar, me senté junto a él y abrí la cremallera de mi mochila para sacar el portátil. Dejé a JDownloader haciendo su trabajo y me sumergí de lleno en la bioquímica de primero, mientras John